

**Primer Concurso de Relatos de las Asociaciones Culturales de Olombrada, Vegafría,
Cozuelos de Fuentidueña, Adrados, Hontalbilla y Lastras de Cuéllar**

Ganador: Mario Romero Cristobal

Subió al desván con gran esfuerzo. La madera de la escalera, al igual que sus viejos huesos, se quejaba a cada peldaño que ascendía. Una vez arriba tanteó la pared en busca del interruptor. La luz amarillenta de una solitaria bombilla resultaba insuficiente para alumbrar el espacio que ocupaba toda la parte superior de aquella oscura casa de pueblo. Rebuscó en un viejo armario hasta que encontró una caja de madera alargada. La abrió y miró su contenido largo rato. Sabía que era la última vez que lo contemplaba, pero no sintió tristeza ni nostalgia. Sólo la certeza de que aquello le sobreviviría. Al cerrar la caja de nuevo, la tapa hizo un sonido sordo, “como el que debe hacer una losa al sellar una tumba”, pensó.

- Vamos Daniel, sube al coche de una vez - dijo la madre en tono cansino.
- Este niño...- continuó quejándose el padre, ya al volante – Mira la hora que es Merce, ¡vamos a coger caravana seguro!
- Bueno hombre, no te pongas así, pues vamos por la carretera de La Coruña que seguro que hay menos.
- Ni hablar, que hay que pagar el peaje. Luego te quejas de que nos aprieta la zapatilla...
- Mamá, ¿has metido mi bañador en la maleta? – preguntó el niño desde el asiento de atrás.
- No Daniel, ya te he dicho que este año no vamos a la playa. Ponte el cinturón.
- ¿Y entonces dónde vamos ahora?
- Al pueblo de tu padre.
- ¿Cómo? - preguntó alargando las oes - ¿Qué papá tiene un pueblo?

- Al pueblo donde nació. Vamos a casa del Tío Frutos.
- ¿Y tiene animales el Tío Frutos?
- Tenía. El Tío Frutos ha muerto hijo. Vamos a su funeral. Bueno - se dirigió ahora a su marido, que maniobraba con el volante para sacar el coche del aparcamiento - al funeral...y también a ver cuánto es eso que nos ha dejado en herencia. ¿Cuánto puede ser? No creo que baje de uno o dos millones de pesetas porque con la vida de ermitaño que llevaba debía ser millonario. Además cariño, no nos engañemos, tú siempre fuiste su preferido.
- Es cierto, no espero menos.

Mientras sus padres discutían con otros señores en la cocina de la casa del Tío Frutos, a Daniel le encerraron en un saloncito junto con otros niños que según decían eran sus primos. Le habría gustado más visitar la cuadra, dónde se imaginaba habría pollos, cerdos, caballos y quizá alguna avestruz, pero se tuvo que conformar con compartir silencio con esos extraños. Sin embargo, su decepción no duró mucho, porque no hacía tres horas que habían llegado al pueblo y sin darse cuenta su padre ya le estaba metiendo de nuevo en el coche. Definitivamente se quedaría sin conocer la fauna que habitaba en la trasera de la casa de aquel tío lejano, y sus primos seguirían para siempre siendo unos extraños. De cualquier manera, Daniel no se atrevió a soltar ningún reproche desde el asiento de atrás del coche pues intuyó, a través de los apenas comprensibles balbuceos de su padre, que la mayor decepción que llevaba la familia de vuelta a casa viajaba en el asiento del conductor: “Pues no va y me deja ese trasto. ¡Maldito viejo loco, y será capaz de estar descansando en paz!”

“Desde luego, este verano no pasará a la historia como el más divertido de mi vida”, pensaba Daniel mientras la tarde languidecía lenta y aburridamente. Su madre dormitaba en el sofá a pesar de las voces que pegaban la cuadrilla de tertulianos de turno en la televisión. “¿Será posible que lleven todo el año así y no se hayan puesto

de acuerdo todavía? Ya que están, podían pegarse unos empujones para hacerlo más divertido, como hacemos Manu y yo cuando nos enfadamos jugando al fútbol. ¡Ay Manu!, si no se hubiera ido a la playa me quedaría alguien con quien jugar. No entiendo por qué papá ha preferido pasarse el verano trabajando en lugar de ir a Alicante como todos los años. Seguro que la culpa la tiene la de siempre, la que no les deja a papá y a mamá hacer nada divertido. Esa asquerosa *crisis*". Pasó un rato más reflexionando sobre la posibilidad de que la *crisis* fuera finalmente un tipo de extraña enfermedad que habían contraído sus padres, y que les impedía salir a cenar, ir al cine o bañarse en el mar, de la misma manera que un constipado no te permite comer helados. Sin llegar a una conclusión definitiva, decidió bajar al trastero a buscar su balón. Sería suficiente con que cualquier pared ocupara el puesto de su amigo Manu, "el fugitivo" (como decidió llamarle en adelante) para poder dar unas patadas. Al llegar al trastero recogió la pelota del rincón donde descansaba y se dispuso a salir, pero algo hizo que se detuviera. Conocía el trastero al dedillo, pasaba allí más tiempo que cualquiera de la casa, así que no pudo pasar por alto aquella pequeña variación en la estantería de detrás de la puerta. Había un trasto nuevo. A primera vista no prometía mucho. Era una caja de madera alargada, sin barniz, cubierta por una costra de polvo y suciedad. Daniel levantó la tapa sin muchas esperanzas de encontrar algo que le salvara de aquella tediosa tarde. Pero se equivocó: "¡Alá, una flauta!". En efecto, aquello seguramente fuera una flauta, pero nunca había visto una igual. En primer lugar era grande y negra, a diferencia de las que usaban en clase de música. Además, tenía unos mecanismos de metal que tapaban a la vez varios agujeros si se ejercía presión sobre una palanquita, y la boquilla eran dos laminillas de madera enfrentadas. Se sentó en el suelo con ella, se la llevó a la boca y sopló. "Vaya, no funciona". Pasó varias horas intentándolo. Soplabo por un agujero, por otro, cambiaba la boquilla, limpiaba el interior con un pañuelo y volvía a soplar. De allí no salía música. Por enésima vez guiñaba un ojo y miraba en el interior del instrumento, como si fuera un

catalejo, para comprobar si había algo que lo taponara. Absorto en esa exploración no oyó a su padre acercarse por el pasillo.

- Vamos Daniel, la cena ya está... ¿Qué haces jugando con eso? ¿No te he dicho trescientas veces que no hurgues en las cosas de los demás?

- A mi nadie me ha dicho que esta flauta sea suya. Así que, como la he encontrado yo antes, creo que ahora es mía.

- No hijo, no es tuya. Venga anda, déjala donde estaba y vamos para arriba.

- No pienso hacerlo, me la llevo a mi cuarto.

- ¿Ahora además contestas a tu padre? Te voy a explicar lo que vas a hacer - su tono de voz aumentó exageradamente – vas a guardar esa dulzaina en su caja y nunca más la volverás a tocar. Ni pensarás en ella siquiera, porque sólo es un trasto viejo e inservible. La música no da de comer a las personas, las engaña. Te hace creer en la magia, en el encanto de una buena pieza, para robarte así los mejores años de tu vida

- parecía recitar un discurso hecho de antemano, una suerte de juramento que de tanto repetir en su cabeza se había convertido en no menos que en ley – y no contenta con eso te deja tirado en un mundo para el que no te ha preparado. Te deja facturas, hipotecas, y el resto de una vida para trabajar como un esclavo. ¡Así que para ti una dulzaina es algo que nunca ha existido! – Era una reprimenda demasiado severa para un niño de nueve años, pero aquel hombre derrotado hacía tiempo que ya no se dirigía a su hijo, sino a sí mismo.

- Mmm...déjame dormir un poco más, todavía no ha empezado el cole – protestó Daniel dándose la vuelta en la cama, resistiéndose a los zarandeos de su madre.

- Pero bueno, ¿Es que se te ha olvidado? ¿No te acuerdas quién cumple años hoy? Dame un beso fuerte. Mi pequeño hombrecito ya tiene diez años.

Era verdad, aquel día era su cumpleaños. Y a Daniel se le había olvidado por completo. Pasó el resto de la mañana nervioso, esperando que su madre le diera por

fin el regalo que tantas veces le había pedido en los meses anteriores. Se acercó a la cocina y se sentó a ver como su madre preparaba la comida.

- Mamá, yo creo que ya puedes darme la bici ¿no?

- No puedo cariño. Tu regalo lo traerá esta noche tu padre. Tendrás que esperar hasta entonces.

- Vaya. Pues prefería que me lo dieras tú. Papá y yo estamos enfadados.

- ¿Y eso? ¿Qué trastada has preparado ahora?

- Pues nada grave – permaneció callado unos minutos – Mamá, ¿desde cuando tenemos esa flauta extraña que está en una caja de madera?

- ¿La dulzaina? Es la valiosa herencia que nos dejó el Tío Frutos – respondió con sorna mientras picaba cebolla.

- Pues muy valiosa no creo que sea porque no funciona.

- Hombre Daniel, funcionar funcionará, lo que pasa es que hay que saber tocarla.

- ¿Y para qué nos la ha dejado el Tío, si nosotros no sabemos tocarla?

- Papá sí que sabía, y muy bien por cierto. Según decía la abuela, cuando tu padre todavía era un niño, más o menos de tu edad, ya era capaz de tocar algunas piezas. El Tío Frutos le dio clases todos los días durante años. Algunos del pueblo dicen que se convirtió en el mejor dulzainero de Castilla.

- ¿Y ahora por qué ya no toca?

- Pues es un poco complicado hijo. Con el tiempo tu padre tuvo que trasladarse a Madrid para trabajar y así poder ganar más dinero que el que conseguía tocando por las ferias de los pueblos. Frutos le intentó convencer para que no dejara la música, pero entonces discutieron y tu padre ya nunca lo volvió a ver con vida.

- Vaya...

Quando escuchó a su padre entrar por la puerta ya había olvidado que estaban enfadados y corrió a su encuentro en busca de su bicicleta. Si se daba prisa aún tendría luz suficiente para bajar a la calle y dar unas vueltas al parque.

- ¡Felicidades hijo! Toma, aquí tienes tu regalo – Dijo mientras le tendía un pequeño paquete envuelto en papel de periódico.

- Papá, ahí no cabe una bicicleta.

- Ya lo sé hijo, no es una bicicleta. Pero ábrelo, que seguro te gustará.

Daniel destrozó rápidamente el envoltorio para descubrir una baraja de cartas. Agachó la cabeza desilusionado.

- No te pongas así hijo. Ya eres mayor para entender que los papás hay veces que no tienen todo el dinero que quisieran. – Aquello no mejoró mucho la situación – Venga hombre, no te enfades. Cuando ahorremos un poco compraremos la bici - pero Daniel permanecía quieto - ¿Es qué ya no quieres la bici? Pues pídemelo lo que quieras, y cuando pueda te prometo que te lo compraré.

El niño levantó la cabeza lentamente y miró a su padre.

- Tócame una canción con la dulzaina.

Aquello le pilló desprevenido. Podría haber aceptado cualquier petición: un balón de reglamento, un coche teledirigido o hasta una videoconsola. Habría solicitado un crédito si hubiese sido necesario. Pero aquella criatura le había pedido que hiciera lo más difícil. Aquello que veinte años antes se había jurado no volver a hacer más. Reflexionó unos segundos.

- No puedo hijo. En Madrid no se puede tocar la dulzaina.

- Ah...¿así que es por eso que no suena? ¿Porque el aire de Madrid no vale para esa flauta?

Aquel hombre sonrió tiernamente a su hijo y dejó a su mirada perderse en algún lugar lejano, mientras asentía en silencio.

- Si hijo, puede que sea el aire. Pero además los vecinos se quejarían.

A la mañana siguiente su padre no fue a trabajar. Montó en el coche con su hijo y puso rumbo al pueblo. Permanecieron en silencio todo el camino. Varios kilómetros antes de llegar, el coche giró suavemente tomando un pequeño camino de tierra que

se adentraba en el pinar. Avanzaban lentamente sorteando los baches. Poco a poco los pinos se fueron cambiando por chopos, y la arena seca y las piñas por rumor de agua. Bajaron las ventanillas y un ambiente húmedo y fresco inundó el automóvil. Finalmente pararon en la cuneta y continuaron a pie por un sendero entre los árboles hasta que apareció un claro y un río. Se sentaron en unas piedras, de cara a la corriente, y el padre abrió la mochila que llevaba y sacó aquella caja de madera alargada.

- Aquí venía a tocar siempre, para que no me molestaran.

Cogió primero el tudel y se llevó la pipa a la boca. La chupó con paciencia hasta que se humedeció lo suficiente. Daniel observaba a su padre con creciente expectación. Después montó la dulzaina, cogió aire y se dispuso a soplar. Sus dedos reconocieron rápidamente aquel tacto y la disposición de los agujeros y las llaves, como si hubiese sido el día anterior la última vez. Cerró los ojos y empezó a tocar. Daniel no daba crédito, en verdad le parecía magia que aquello sonara así y aquel desconocido fuera su padre. Le sacaba las notas a la dulzaina sin aparente esfuerzo, con una naturalidad asombrosa. Sus dedos bailaban rápidamente sobre las llaves, haciendo la presión justa. Y la jota continuaba naciendo del aire de sus pulmones, acompañada de la corriente del río, y llenando el espacio de aquel paraje que tantas veces había escuchado, muchos años atrás, esa misma melodía. Permanecía con los ojos cerrados, pero no estaba concentrado en tocar, las notas brotaban por sí solas. Estaba disfrutando de una emoción calmada. De la sensación de haber retomado su existencia donde la dejó hace dos décadas. Se sentía más vivo que nunca. Y el resto de su mundo le pareció entonces mentira, como hecho de cartón piedra: su despacho en la oficina, la corbata de lunares de los martes, las facturas de la luz. Parecía estar despertando de un mal sueño. Al acabar la canción respiró profundamente, miró primero el fluir del río, después las hojas de los chopos inquietas por la tenue brisa y finalmente a su hijo.

- ¿Me enseñarás a tocar?

- Claro hijo.

Muchos años después, ya bien entrado en la vejez, Daniel fue a recordar aquel día en que escuchó por primera vez una dulzaina. Lo hacía mientras contemplaba el instrumento que heredó de su padre, descansando en el interior de aquella caja de madera alargada. Puede que fuera la última vez que lo veía. No sintió tristeza ni nostalgia. Sólo la certeza de que, aunque él muriera pronto, aquella flauta y la jota encontrarían el aire de otros pulmones a través del cual revivir.